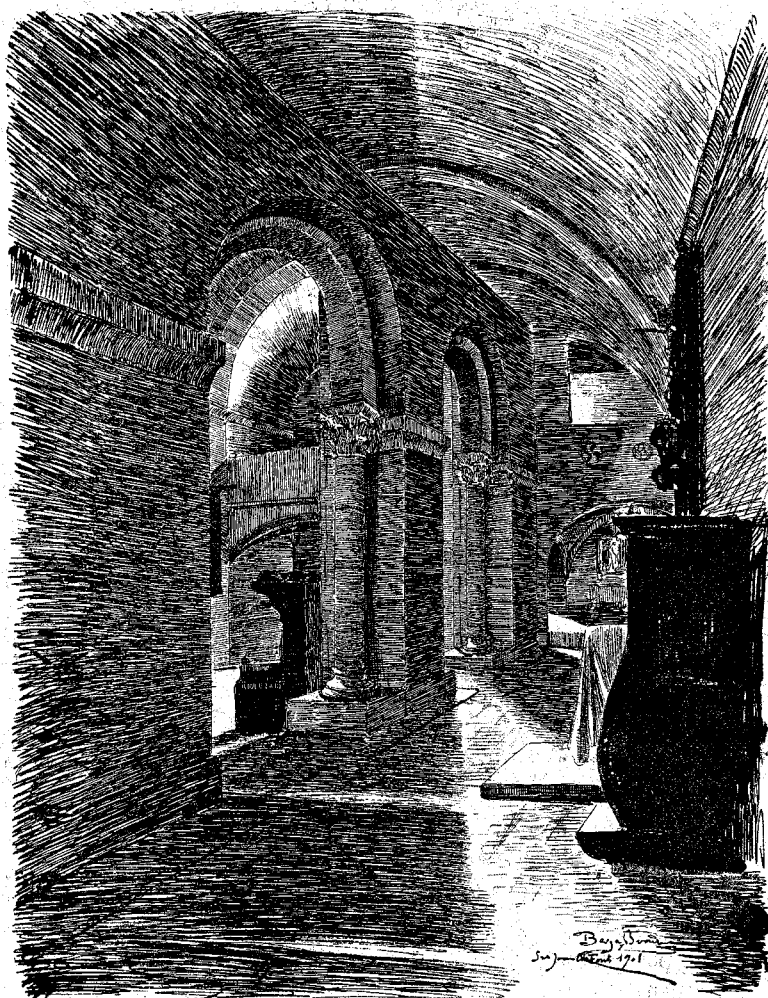


ingreso, de una severidad y belleza de líneas propias de los siglos que eran propicios al arte. El tímpano, desnudo de todo ornato, descansa en jambas completamente lisas y sin empresa alguna, y sus tres archivoltas se apean en otras tantas columnas, sin más ornamento que el gracioso follaje de sus capiteles primorosamente labrados. La ornamentación del arco de esta puerta carece de figuras, y se hallan decoradas con sencillez y elegantes dibujos la primera y tercera archivolta.

El interior de este templo es de una estructura tan bella como sencilla. Consta de tres naves, ligeramente apuntada la central y más elevada que las laterales, las cuales son de cuarto de esfera. Dividen la nave central de las laterales, tres robustos pilares, á los que hay adosadas columnas que ostentan originales capiteles, siendo éstos de mayor gusto artístico los que ostentan las columnas sobre las cuales voltean los arcos formeros que dividen la nave central de las colaterales. Los arcos que se levantan sobre las columnas y que voltean y sostienen la bóveda son todos apuntados, produciendo un bello efecto la elegancia de todas sus líneas arquitectónicas, impregnadas de aquella sublime sencillez propia del románico que usaban los monjes del Cister, sobrio y desnudo de todo ornato. «La historia, dice un notable escritor, suministra completa luz respecto de esta súbita transformación en la fisonomía general de las construcciones benedictinas. San Bernardo, abad de Claraval, profesaba la austera regla del Cister. Muchas veces desde el púlpito de la famosa iglesia de Vézelay, que venía siendo con la de Cluny el modelo de la arquitectura románica iconística, había clamado con toda la pasión que inspira una convicción profunda, contra el excesivo lujo desplegado en los templos y contra aquellas figuras extravagantes y monstruosas, tan poco cristianas á

sus ojos, que el arte prodigaba en los capiteles, en los frisos y archivoltas, y dentro del mismo santuario del Señor».

Tal es á grandes rasgos la arquitectura imperante en el templo de San Juan las Fonts. Los benedictinos de la casa matriz de San Victor de Marsella, que fueron sus constructores, á la cual casa religiosa



Interior de la iglesia de San Juan las Fonts

hizo donación del monasterio de San Juan las Fonts el vizconde de Bas Udalardo y su esposa Ermesendis, en el año 1079, debieron inspirarse para su construcción en aquellas palabras de San Bernardo: «¿De qué os sirve, como os digo, de qué sirve para pobres como vosotros, si lo sois verdaderamente, ese oro que brilla en vuestros santuarios?» Tal es la sencillez que respira, en medio de su belleza de líneas, el mo-